

Santiago, 2 de Septiembre de 1966.

Exmo. Señor
Eduardo Frei M.
Presidente de la República.
Presente.

Muy estimado Presidente,

lamentando comunicarle mi decisión, definitiva e irrevocable, que haré pública esta tarde, de no aceptar mi reelección como Presidente del Partido.

Comprendo que esta noticia le ocasionará un mal rato; pero estoy seguro que acabará encontrándome razón.

Cada día veo más claro que no soy el hombre adecuado en este instante. Cumplí mi tarea al encauzar al Partido durante un año y ganar el Congreso. Ahora debo hacerme un lado. Porque a pesar del triunfo y quizá a consecuencia del mismo, en vez de unir, desuno. Es evidente que una nueva Directiva encabezada por mí no contaría con el apoyo indispensable para enfrentar con éxito las horas difíciles que vienen. Muchos se alegrarían de verla fracasar. Y en pocos meses se ganaría todo lo ganado en el Congreso.

En la propia reunión que celebramos anteayer quedé de manifiesto lo que digo. Muchos de sus más inmediatos colaboradores compartieron expresa o tacitamente esta apreciación mía. Y si finalmente se insistió en mi reelección fue "porque no hay otro". Pero repensando todo lo que allí se dijo, no encuentro una verdadera comprensión de lo que ocurre en el Partido ni la decisión de hacer lo necesario para satisfacer sus inquietudes.

Le reitero, Presidente, lo que allí expresé; aunque el Partido quiere apoyar firmemente a su Gobierno y mantiene vivas las reservas morales de sus bases y su afecto por Ud., está descontento. Quiere verlo a Ud. más decidido en algunas materias, como la influencia predominante que conservan algunos personeros de la derecha económica en las filiales Corfo. Quiere ver algún intento de poner en práctica principios que siempre sostuvimos, como el de la participación de los trabajadores en algunos aspectos -por ejemplo, los relativos al personal- del manejo de las empresas públicas o semifiscales. Quiere verlo más duro.

La imagen que tienen muchos demócrata cristianos, incluso amigos míos, es que yo no soy el Presidente del Partido capaz de obtener de Ud. esas cosas y otras semejantes. Y mucho me temo que sea verdad, no por mala voluntad suya, sino por excesiva consideración mía hacia sus problemas de gobernante.

Entretanto, yo estoy desgastado porque todo el descontento se singulariza en el Presidente del Partido. Ayer me decía Ernesto Vogel que cuando en el Departamento Sindical se supo lo de la dieta parlamentaria, la reacción de muchos fué echarme la culpa. "La culpa la tiene Aylwin", decían. Así seguirá siendo en el futuro, porque a alguien hay que culpar y naturalmente habrá muchos interesados en que sea yo quien aparezca como culpable.

Creo que, en estas circunstancias, asumir la Presidencia del Partido sería por mi parte un sacrificio inútil. No he rehuído ningún sacrificio en el pasado ni lo rehuiré en el futuro; pero siempre que sirva para algo. Si no ha de ser así, no tengo derecho a sacrificar a mi familia ni arruinar mi salud en una empresa vana.

Perdóneme, Presidente, el nuevo problema que le creo. Mucho peor sería que asumiera una Directiva que no estoy física ni anímicamente en condiciones de desempeñar con éxito y cuyo fracaso perjudicaría mucho más al Gobierno y destruiría todo lo ganado en el Congreso.

No se trata, por lo demás, de abandonar el combate. Estoy seguro que ahora puedo servir mejor a su gobierno desde el Senado que en la dirección del Partido.

Le ruego comprender y respetar mi decisión, que obedece a un mandato de conciencia.

Con el afecto de siempre, lo saluda su amigo

P.S. Yo no me mezclaré en la formación del nuevo equipo. Me voy fuera y no vuelvo hasta la Junta. Creo que muchos piensan que la solución es Jaime y él estaría dispuesto.